

Roma desordenada

Todos los derechos reservados.  
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: fotografía de © Carlos Spottorno

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Del prólogo, Ignacio Peyró

© Juan Claudio de Ramón, 2022

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-19207-47-0

Depósito legal: M-9.919-2022

Impreso en Anzos

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

*Juan Claudio de Ramón*

**Roma desordenada**

La ciudad y lo demás

Prólogo de Ignacio Peyró

 Siruela

El Ojo del Tiempo

## Índice

<i>Prólogo</i> La felicidad de Italia	11
<i>Introducción</i> Roma, cosa aparte	21
<i>Roman yellow</i> (los colores de Roma)	26
Cosas inmortales. Notas sobre Goethe	29
Tres estatuas	32
En Roma no hay cafés	35
Maneras de mirar el Panteón	40
Ciudad de ángeles	42
Las otras escaleras de Piazza di Spagna	45
El idiota que viaja (a Roma). Notas sobre el turismo	48
Mi paseo solitario por el EUR	52
Bramante, o el vuelo de Ícaro	60
Misión Apolo. Notas sobre Winckelmann	64
<i>Ragazza magica</i> : Rafael y la <i>Fornarina</i>	72
La invención de la carbonara (o comer en Roma)	74
Villa A.	79
La playa desierta. Notas sobre Via Veneto	83
Campo de' Fiori, donde el fuego ardió	90
Sabina, Aventino	93
En casa de quien ya sabe usted. Notas sobre Mario Praz	95
Achicar el agua: las fuentes de Roma	102

El primer rey	105
¡A las tumbas, a las tumbas! Notas sobre los etruscos	109
Después de Moro	113
Romanesca	119
Pontifex Max	122
Marinero en Roma	125
Llegar es volver (Via Appia)	129
Historia de Roma en seis citas	134
Me he caído por estas calles. Notas sobre Caravaggio	136
Una noche en Pigneto. Notas sobre Pasolini	147
<i>Il degrado</i>	152
Un amor de Chateaubriand	155
Campo de Venus	159
La Casa de Oro	164
Pedro y Pablo	167
Colinario	175
Barrios vividos	177
Los pinos de Roma	183
Viaje en autobús por las murallas	187
El deber del comandante Kappler	191
¿Quién mató al Tíber?	198
Hecha de ladrillo	203
Un abeto en Piazza Venezia	206
Fui varias veces a buscarte al Greco.	
María Zambrano y Ramón Gaya	210
Utopías urbanas I: la Garbatella	219
Utopías urbanas II: el Corviale	222
Garibaldi: polvo en el poncho	226
El Ghetto	230
Gótico, asignatura pendiente	237
Suburra	240
Bernini versus Borromini	244

El que pesa y el que vuela: dos palacios	250
Cosas hechas. Notas sobre Augusto	252
<i>Er commedione</i> . Un poeta romano	256
<i>Tempus edax rerum</i> (paisaje con ruinas)	264
<i>Ante Christum</i>	269
Formas de mirar San Pedro	272
A. M. D. G.	274
Roma capital	277
Trasnoche en el Trastevere (la vida es saco)	281
Canova o la ternura	286
Cuando el mundo se hizo cristiano	288
Jardines de Velázquez	291
Esquilino sin moraleja	294
Via Margutta	301
Roma medieval	303
Vida de palacio	306
Problemas de sostenibilidad en el Testaccio	316
Coliseo, barco fantasma	318
El emperador está bien. En Villa Adriana	323
La vida siempre es dulce. Ennio Flaiano en Fregene	326
<i>Epílogo</i> Madre de todos los ruidos	329
Un largo <i>ferragosto</i> . Roma, entre febrero y julio de 2020	333
<i>Guía de lectura</i>	339
<i>Agradecimientos</i>	341

## *Prólogo*

### **La felicidad de Italia**

El doctor Johnson dejó dicho, según transcripción de Boswell, que el hombre que no conoce Italia es siempre consciente de una inferioridad; de la lectura del libro de Juan Claudio de Ramón lo que inferimos es que no se puede vivir en Roma sin ser consciente de un privilegio. Y debe de ser un privilegio muy alto, a juzgar, desde luego, por las almas selectas que ha atraído: el poeta John Keats se hubiera contentado —según dice en uno de sus sinuosos sonetos— con no ver «más verdos» que los de su verde Inglaterra y con no sentir más dulzura que la de sus «dulces hijas». Sin embargo, mientras proclama su amor como una lealtad por el solar nativo, se reconoce al mismo tiempo «languidecer» por «los cielos de Italia», con un corazón que clama por no hallarse sentado «en el trono de los Alpes». Como recuerda Juan Claudio de Ramón, Keats llegaría a Roma para ya no salir de ella. Pero el privilegio de vivir allí puede medirse aún mejor por las envidias y censuras que ha generado al largo del tiempo, en atención a esa «reputación pagana, ligeramente irreverente» que, en opinión de Barzini, han tenido en el mundo las cosas de Italia. Así, en los viajes en teoría formativos a Roma de los petimetres del XVIII y del XIX, se cometían «muchas locuras de las que toda una vida no basta para arrepentirse», entre ellas la de darse a «vinos extranjeros

y putas extranjeras», todo ello tras, *horresco referens*, «besar los pies del papa». Incluso John Ruskin, poco sospechoso de antipatías itálicas, criticará a todos aquellos, viajeros o estables, «que no piden más de este mundo ni del otro si arrancan un racimo de la parra con sus propias manos y una muchacha de ojos negros les sirve el falerno». Roma, Italia: vidas dulces, «un romance pagano bajo las estrellas». De estirpe tan puritana, el poeta Milton no podía menos que examinar con detenimiento los motivos por los que Italia le tiraba del corazón: tras recordarse que Saturno, una vez destronado, elige el Lacio como asiento, el poeta se revuelve contra censores y envidiosos y se reafirma en que Roma en particular e Italia en general no eran «el receptáculo general de los vicios», sino «la base de la civilización». Y bendito sea Milton, capaz de volver las cosas a su cauce justo, porque de esos diálogos romanos e italianos con el mundo nos iba a venir todo o casi todo, de las porcelanas de Wedgwood hasta Poussin y Lorena, del endecasílabo al helado, cierta arquitectura americana o una luz de Villa Medici en Velázquez. En apenas una semana, yo mismo pude pasar de contemplar el Tempietto de Bramante con Juan Claudio de Ramón a visitar la Radcliffe Chamber de Oxford y comprobar hasta qué punto Roma es para tantas cosas el primer minuto del *big bang*.

Vergüenza genuina o cortesía formularia de autor, Morand en su libro sobre Venecia y De Ramón en su libro sobre Roma expresan el mismo miramiento: cómo atreverse a añadir más libros a la bibliografía ingente de sus ciudades-mundo. Los lectores agradecemos la reticencia, pero no hacía falta: si, como quería Costa i Llobera, *ma pàtria filla és de Roma*, debemos volver a ella una y otra vez con piedad filial —virtud romana,



por cierto, donde las haya—. Pero, ante todo, uno piensa que Roma no terminará de decirse mientras haya quien la ame y la diga como Juan Claudio de Ramón, a quien esta ciudad y este libro, simplemente, parecían estar esperando. He tenido el honor de prologar otros libros: en pocos como en este he tenido la sensación de ser un incordio, el guía que con su cháchara se interpone ante el disfrute; solo el celo de atenerme con pulcritud a lo pedido ha evitado que empiece con un ruego: «Querido lector, no te entretengas aquí. Vuelve luego si quieres. No te prives ni un minuto más de la felicidad que este libro va a depararte».

Porque sí: los foráneos siempre hemos asociado Roma e Italia a una cierta felicidad, y este libro, capaz de hacerme olvidar la hora de la cena, cumple con todas sus promesas. Se me dirá que hay algo personal: que soy amigo del autor, que estoy sensible porque pronto me trasladaré a Roma, que vivo en un país —Inglaterra— unido a Italia por el Grand Tour. Ninguna de estas cosas es mentira: incluso estoy aprendiendo italiano. Pero si nada de esto ocurriera, la situación me temo seguiría siendo parecida: hay que tener muy poca alma para avanzar por estas páginas sin mirar de reojo cómo van los precios de los vuelos a Fiumicino. Porque tal vez el libro le haga a uno postergar la cena, pero a cambio deja todas las ganas de este mundo de un poco de sol y un *gelato* allá en Roma.

Me gusta pensar que este es un libro de paseos, no de viajes: el libro de alguien que ha vivido allí, no que ha viajado allí. Aquí hay mucha caminata de sábado, muchos trayectos al trabajo, cenas con amigos, viajes —en Roma, frustrantes— en autobús; toda esa materia que constituye la vida diaria y que en Roma parece tener una dosis extra de belleza y desorden. Es un libro con mucho tiempo y mucho kilometraje dentro, y a la vez marcado sutilmente por la conciencia de que —como

todos los destinos diplomáticos— el fin está a la vuelta: si este libro fuera un *pranzo*, sería una comida espléndida seguida, como es costumbre en Italia, por la leve corrección de un amargo que, de alguna manera, reafirma la congruencia del conjunto.

Ojalá cada destino de Juan Claudio de Ramón —y eso incluye Madrid— dé para un libro: de momento, tras *Canadiana*, vamos muy bien, y eso lo agradecerá una literatura diplomática que debe continuar la bella tradición. A la vez, como decíamos, se hace difícil no pensar que este libro —esta ciudad— le estaba esperando al autor, no ya para hacer de él un hombre feliz, sino para darle la alternativa de magnífico escritor. Y eso no es solo la calidad fuera de lo común de una prosa, sino la capacidad de darnos algo vivo: este libro es de verdad, de una verdad apasionada, a veces casi arbitraria como son nuestros adentros, y De Ramón camina por Roma con esa *mild frenzy* que Barzini adjudica a los foráneos nada más asentar plaza italiana. Nuestro autor se enamora de la Fornarina, clama contra el Ayuntamiento, establece jerarquías particularísimas a fuer de vividas, le vemos contento de la vida ante el peligro de «convertirse en local». ¿Algunos paisajes preferidos? Ahí van los míos: Aldo Moro. Chateaubriand. Los colores de Roma. Praz (no solo por la dedicatoria). Barrios vividos (magnífico). La *grappa* con el príncipe Borghese (maravillosa). El EUR: ese «epílogo que se quiso prólogo». Como toda enciclopedia personal, esta *Roma desordenada*, estoy convencido, tiene algo de partitura que cada lector puede cantar o arreglar a su manera. Una nota de lectura tan solo: a ver si están ustedes de acuerdo conmigo en que este libro italiano es también un libro muy español.

Se ha hecho la observación de que, nada más cruzar la frontera con Italia, era típico entre austriacos y alemanes buscar el

primer lugar que pudieran para comprar unas botellas y darse al vino. Es algo sorprendente, toda vez que hay en Austria y Alemania vinos, más aún blancos, excelentes. Debe de ser un «efecto Italia», eso que el novelista Forster acuñó, de modo inmejorable, así: «El sortilegio de Italia estaba haciendo efecto sobre ella y, en lugar de adquirir conocimientos, empezó a sentirse feliz». Un aire de ese sortilegio, y de su felicidad, recorre este libro.

IGNACIO PEYRÓ

«... quam magna fueris integra, fracta doces».

*Lo muy grande que fuiste, lo muestras en fragmento.*

HILDEBERTO DE LAVARDIN, elegía romana

«En aquest llibre no es parla específicament de Roma. S'hauria allargat massa. Roma és una cosa a part i ha d'ésser vista —potser— com una cosa a part».

*En este libro no se habla de Roma de manera específica: se habría alargado demasiado. Roma es una cosa aparte y creo que debe ser vista como tal.*

JOSEP PLA, *Cartes d'Itàlia*

«Roma è une delle più complesse e venerabili scatole cinesi sulle quali possa esercitarsi con frutto e godimento lo spirito umano. Ci sono infinite Rome e, partendo da Roma, si può arrivare dove si vuole».

*Roma es una de las más complejas y venerables cajas chinas sobre las cuales puede ejercitarse con provecho y goce el espíritu humano. Hay infinitas Romas y, partiendo de Roma, se puede llegar a donde uno quiera.*

SILVIO NEGRO, *Roma, non basta una vita*

«Tuttavia Roma è la mia città. Talvolta posso odiarla, soprattutto da quando è diventata l'enorme garage del ceto medio d'Italia. Ma Roma è inconoscibile, si rivela col tempo e non del tutto. Ha un'estrema riserva di mistero e ancora qualche oasi».

*Con todo, Roma sigue siendo mi ciudad. A veces puedo odiarla, sobre todo desde que es el enorme garaje de la clase media italiana. Pero Roma es incognoscible. Se revela con el tiempo, y no del todo. Tiene enormes reservas de misterio y todavía algún oasis.*

ENNIO FLAIANO, *La Fiera Letteraria*,  
n.º 5, 14 de marzo de 1971

«Sucede con Roma que parece estar enteramente abierta, enteramente visible y presente, que, nada más llegar a ella, Roma está ahí ya, como preparada para ser recorrida, para ser vista, para ser abrazada. Mas, cuando el viajero o el pasajero —o el peregrino, más bien— se detiene, comienza a darse cuenta de que Roma es hermética y secreta, de que verla como la suele ver, así presente toda ella, es verla en realidad como una fotografía de sí misma, que a veces se abre. Y para ese turista distraído o romano inclusive confiado, que cree conocer y vivir su ciudad, se puede abrir una grieta, un intersticio, un vacío».

MARÍA ZAMBRANO, «Roma, ciudad abierta y secreta»,  
en *Diario 16*, 2 de junio de 1985

«Roma ti fa perdere 'nu sacco 'e tempo». Ti diconcentra».

JEP GAMBARDILLA,  
*La grande bellezza* (Paolo Sorrentino, 2013)

## *Roma, cosa aparte*

El privilegio del viajero es ver por vez primera. Se podría creer que tal cosa no es posible en un planeta pisado palmo a palmo, y que, por ello, ya no hay viajeros y solo quedan turistas. Turista es un viajero privado de la emoción de descubrir. Pero todos viajamos la primera vez que se llega a la costa para ver el mar o a la montaña para tocar la nieve, en nuestros primeros paseos por el campo o incursiones al centro de la ciudad. Cada cual en la niñez repite la experiencia de cartografiar un mundo virgen. Y si esnob es dárseles de viajero, empieza a resultar de un esnobismo opuesto dárseles solo de turista, como si no quedase en la tierra un lugar capaz de convocar nuestra atención, indicio de ineptitud para hacer eso tan sencillo y tan difícil que es mirar.

Hay, aun así, un lugar donde ver el mundo con ojos que creen haberlo visto todo presenta dificultades. Los mapas marcan ese lugar con el nombre de Roma. Una ciudad que sin conocer, creemos conocer, pues su imagen coloniza la mente mucho antes de traspasar su umbral. La hemos visto miles de veces en fotografías, libros ilustrados, películas, camisetas, tazas, llaveros o monedas (no es difícil llevar encima el Coliseo si el azar nos mete en el bolsillo una moneda de cinco céntimos de euro acuñada en Italia). De las descripciones de Dionisio

de Halicarnaso a los selfis del turista moderno, pasando por los *Mirabilia urbis* del peregrino medieval, la mirada humana se conoce Roma de pe a pa. Si la Biblia es el Libro con mayúscula, el libro de libros, *urbs*, ciudad en latín, no puede ser otra ciudad que Roma, ciudad por antonomasia, ciudad fundadora de ciudades.

Quizá por ello los primeros años me vedé la frívola tentación de escribir sobre Roma. Buscaba evitarme el ridículo de descubrir mediterráneos en cada plaza, cuesta o museo. Mi timidez ocultaba una dosis de jactancia: me resistía a formar parte del manido guion en que Roma hace de ciudad fascinante, y yo, de fanático de la cultura, azotacalles intelectual, «soltero del arte», que diría Proust, obsesionado por *encontrarla*. Literaturizar la ciudad de nuevo parecía un disparate. Es algo que ya habían hecho muchos y grandes nombres de la inteligencia y el arte. Goethe, Madame de Staël, Stendhal, Chateaubriand y Zola; Boswell, Dickens, Wilde y Vernon Lee; Hans Andersen, Schopenhauer y Gógol; Melville, Hawthorne, James y Edith Wharton; también Byron y Shelley (no así Keats: sus días en Roma fueron póstumos). En representación de Italia, por citar mínimos nombres que son máximos: Petrarca, Leopardi, el Belli, D'Annunzio, Fellini, Morante, Moravia, Pasolini, Carlo Levi o Ennio Flaiano. No es que, por lo demás, la literatura romana de las deidades de la cultura europea sea la mejor. Con la excepción de Stendhal, las páginas más interesantes sobre la ciudad se deben a hombres y mujeres con poca o ninguna fama, inspirados por lo que ven y no por el deseo de ver, lejos de las ensayadas efusiones del granturista de turno. Toneladas de papel, en todo caso, me aconsejaban silencio. No me creía capaz de esquivar el adjetivo industrial y la imagen ajada, en una ciudad obesa de siglos, etiquetada con miles de citas. Meandros exculpatorios como estos son ya

un recurso gastado: «Nada más aburrido en el mundo que leer una descripción del viaje a Italia, salvo, quizá, escribir una», decía Heine antes de ponerse a escribir la suya.

También yo tenía miedo de aburrir.

Con el tiempo, un diccionario personal de la ciudad empezó a pesarme en la cabeza. La idea de sustituir la imagen brumosa por una más nítida adquirió el espesor de los deberes. Los géneros están para practicarlos, y acaso lo único más risible que escribir un nuevo libro de impresiones romanas es no escribir un nuevo libro de impresiones romanas cuando la vida presta la ocasión. Me dije que yo no era el primero, tampoco sería el último en echar una palada más de palabras sobre Roma. Me propuse el reto de buscar las mías.

Tomé precauciones.

La primera fue negarme a ver fantasmas, tentación habitual del escritor de viajes. Escribir, como nuestro buen Castelar, cosas del tipo: «Todavía se oye la ninfa Egeria en la caverna de Numa» o «aún las sombras de los tribunos andan errantes por el Aventino» o «era su nariz como la de Calpurnia», etcétera. La segunda fue no intentar ser original. Visité y leí, leí y visité al dictado de la tradición. Perderse por una ciudad puede que sea muy romántico, pero yo prefiero las visitas con guía y en Roma conviene sacar las entradas con tiempo. La tercera fue armarme de paciencia. Así como los libros traen más libros, cada visita en Roma traía más visitas, expediciones sin fin por una ciudad que me parecía imposible de circundar. Conducido de una piedra a otra, fui sepultado por un *dramatis personae* sin final aparente. Roma se hizo sinónimo de frustración. Sensación tipiquísima: de la Ciudad se ha escrito que es «un obituario del pasado», «una máquina de remontar el tiempo», en busca de un elusivo estrato originario. No basta una vida para conocerla, advierte Silvio Negro, que la compara a



un bargueño de innumerables gavetas. Entendí por qué Josep Pla, en su libro de viajes por Italia, renunció a incluir un capítulo sobre Roma, ciudad que visitó con cierta frecuencia (en el Caffè Greco se conserva el original de una de sus cartas). En el prólogo de aquel tomo se lee: «*En aquest llibre no es parla específicament de Roma. S'hauria allargat massa. Roma és una cosa a part i ha d'ésser vista —potser— com una cosa a part*». Roma es cosa aparte, sí. No exactamente una ciudad; tampoco un museo, como sugiere el tópico. Más bien el arca de Noé de todas las historias de la cultura europea, el lugar donde, bajo el limo del Tíber, se ha salvado del diluvio el registro de la novela colectiva de Occidente. Solo en Roma, escribe Quevedo, «lo fugitivo permanece y dura»; decir que todos los caminos llevan a Roma es menos exacto que decir que de Roma salen todos los caminos.

Este libro no es una guía. Es una relación desordenada de amores topográficos y las historias que evocan. Cosas pensadas, vividas o leídas en Roma. Me gustaría que su lectura traslade al lector la sensación que tuve mientras fatigué sus calles: no ya la de que la ciudad es la culminante prueba de que el hombre ha conocido la belleza, cosa patente, sino la de que Roma es algo así como el kilómetro cero de nuestra cultura; un *aleph* a nuestro alcance, desde donde contemplar el universo, a través de una multitud de túneles y pasillos, algunos a la vista, otros secretos o semiescondidos, como en uno de esos extraños grabados de Piranesi, si Roma no fuera lo contrario de una cárcel. Para atravesar este complejo sistema de galerías, el mejor método es el desorden. Roma no es como otras ciudades milenarias, donde, tras una capa de maquillaje moderno, yace la fisonomía primigenia de la ciudad. Roma tiene múltiples rostros, todos reales, todos contemporáneos. La Roma antigua, en cuyas ruinas vivaqueamos; la Roma papal,

que recuperó su prestigio amontonando mármol en palacios e iglesias; la Roma fascista que la atraviesa con gélida geometría; la Roma de la periferia, centro genuino de la ciudad donde viven los romanos. Tras examinar estas cuatro ciudades se pueden descorrer otras gavetas: la casi extinta Roma medieval; la Roma judía, desahuciada y conmovedora; la Roma nacionalista de la Unità, que quiso ser París y fracasó; la Roma de *La dolce vita*, efímera capital de la mundanidad internacional.

La ciudad es, en un sentido bastante literal, una jungla. Afección típica de quien vive en ella es el estrabismo: se mira con un ojo lo sacro y con otro lo profano, con uno las reliquias de santos y con otro los torsos desnudos, con uno profetas y con otro sibilas, con uno la Roma *urbi* y con otro la Roma *orbi*, con uno confusión y con otro calma, con uno geometría y con otro desorden. Una ciudad que solo se ofrece en fragmento, como escribió Hildeberto de Lavardin, obispo poeta que la visitó en 1101, cuando la urbe, que frisaba quince siglos y era una aldea insalubre, contaba su grandeza a través de sus pedazos. Con los fragmentos que tuve tiempo de acopiar, apuntalé este libro.